

POESÍA ESPAÑOLA ACTUAL

JOSE MARIA ALVAREZ
(Espagne)

La historia de nuestra literatura, como la misma Historia de España, es la crónica sincopada, trágica y acaso imposible de una invertebración, sacudida espamódicamente aquí y allá por inexplicables relámpagos de heroísmo o belleza, que rápidamente se pierden en los yermos de la mediocridad, el hastío y el extrañamiento de la lucidez.

Para que ustedes lo comprendan, es exactamente lo opuesto al desarrollo de la literatura y el corpus de pensamiento inglés, ese incuestionable, fértil y constante fluir de sus letras desde hace varios siglos.

Quizá una de las causas del irregular suceder de nuestra literatura, es que salvo contadísimas excepciones, no luce ideas, no ampara, intuye, alumbra o expone una meditación sobre el mundo, el hombre y su destino, esas grandes preguntas que han señalado lo mejor de su pensamiento a través de los tiempos. Nuestra literatura casi siempre ha sido una exhibición de palabras – con belleza en ocasiones ; estériles con demasiada frecuencia – sobre la que inopinadamente, solitarios, como la luna sale y un admirable verso lo canta, aparecen Juan de la Cruz o Quevedo, Cervantes, Góngora, Fray Luis o Jorge Manrique.

La llamada Generación del 27 se dio a conocer en un momento en que nuestra literatura, como suele decirse, no tenía a dónde agarrarse. El XIX español no es un

siglo culturalmente considerable – ni siquiera contando a Espronceda, que quizá sea uno de los pocos que sobrevuela las ruinas. El XIX es, para España, el fin de sus viejos sueños, tras un XVIII cuyas luces no alumbraron tampoco demasiado a mi país. El Romanticismo no significó en absoluto esa profunda conmoción espiritual que sacudió a Europa. Tampoco tendrán especial relieve otros acontecimientos de carácter social y político que estremecieron al viejo continente. El 98 es la crónica de un final, de un desengaño, pero sin que esa visión engendre un arte elevado. Sobre ese horizonte, con palabras de Antonio Machado – vigorosas, lúcidas, sin duda perdurables – sobre ese horizonte, repito, de pobreza, tahurería, zaragatero y triste, el Modernismo cabalgará con algunos destellos de innovadora belleza. Pero el Modernismo no es ... español. Viene de la mano de un americano desmesurado que ha mamado en París de la teta simbolista deslumbrado por aquella pleamar ; de ese venero han de beber los Machado, Juan Ramón Jiménez, Valle-Inclán, Villaespesa. El viento modernista recorrerá páginas notables, a mi entender más considerables que las del 27. El Modernismo arrastrará sedas y lunas trezándose con la crispación que sacude a Europa estallando por doquier con infinitos ismos. De todos ellos, sólo uno, el Ultraismo, va a llevar marchamo español y va a enterrar al Modernismo aunque no consiga sobrevivirle.

Cuando llegamos cerca de los años treinta, España es un batiburrillo cultural en muchos casos estérilmente vinculado al otro batiburrillo político, que va a ver sucederse ocasos de monarquías, dictaduras, motines, guerra... Y en esos años, cuando el mundo ha entrado en tantos caminos sin regreso, cuando Europa está aboliendo o tratando de sostener un orden de vivir, cuando el pensamiento se encuentra en una de las más dramáticas y difíciles encrucijadas del destino humano, cuando entre ustedes escriben Eliot o Yeats, o Pound, o Joyce, cuando Alemania resiste con Mann, Kafka, Musil, Rilke cuando se desarrollan las aventuras espirituales de Wallace Stevens o Valéry, Proust, Gide o hasta el estertor surrealista, cuando hasta en castellano ya están levantándose más allá de los mares las imperecederas columnas de Reyes y Borges... España sigue desconectada de ese sueño de la cultura, de cualquier anhelo cosmopolita, de cualquier intercambio estimulante de ideas – el único intento serio de conectar por parte de España fue la *Revista de Occidente* de Ortega y Gasset –, y, en resumen, España seguía siendo una nación aparte, que ni sabía lo que sucedía más allá de sus fronteras, que ni era conocida, y, lo que es peor, que ni siquiera en sus minorías cultas parecía mostrar el menor interés por aquella convulsión espiritual que la rodeaba.

En aquel momento histórico de tremendas preguntas y terribles respuestas, la poesía española no tuvo otra preocupación que la estrictamente formal, un muy discutible manierismo y la vindicación – repito, cuando Europa está jugándose su destino espiritual – de un poeta sin duda glorioso, de nuestra propia lengua y nuestro pasado, pero, indiscutiblemente, inservible como plataforma para alentar más profundas y actuales inquietudes.

Con esto no quiero decir que, individualmente y sin que esa influencia traspase su propia obra, esto es, sin impregnar corriente alguna, ciertos poetas, como Jorge Guillén y, algo después, Luis Cernuda, no amasen modelos de otras literaturas o no se interesaran por aventuras más universales. Pero como movimiento generacional, el 27 no deja de ser un hecho de repercusión estrictamente local, estrictamente español, cuya herencia ha sido corta hasta en la misma poesía de mi país, y que desde luego no sacó a ésta de su letargo.

El 27 fue el fruto – lo que no deja de ser frecuente en los movimientos generacionales españoles – de la coincidencia de varios amantes de las artes tanto en su lugar de residencia – para ellos la de Estudiantes – como en sus afinidades electivas (afinidad estimulada muy singularmente en España por la marginación social de la literatura, clandestinidad que parece investir a sus oficiantes con esa unión que es su mejor defensa). Entre aquellos poetas había, afortunadamente, muchos andaluces, y digo esto por lo que tiene de conservación de la poesía popular, acaso lo más vivo de España.

Sus deseos de una nueva forma por la que pasara el aire fresco de esa poesía, de esa gracia, y la vindicación de un idioma poderoso como el de nuestros clásicos del Siglo de Oro, llevó a uno de aquellos jóvenes, Gerardo Diego, muerto hace tres meses, a convocar una reunión de exaltación de Góngora (aquella espístola en tercetos de *Verso y Prosa* dirigida a Alberti), reunión que tendría lugar en 1927 aprovechando el tercer centenario de la muerte del insigne cordobés. A aquella eclosión – a la que no piensen ustedes que trato de restar importancia sino que tan sólo advierto que no se planteó sacar a la poesía española de su marasmo histórico – no fueron ajenas algunas páginas del gran Alfonso Reyes.

El caminar de todos aquellos poetas es suficientemente conocido. Lorca ha obtenido un reconocimiento mundial, a mi entender excesivo. Aleixandre permaneció en la España franquista y con su orgullosa soledad y su magisterio ayudó uno tras otro a los sucesivos alumbramientos de nuestra poesía. Cernuda – para mí, el más interesante de aquel grupo (junto a ciertos poemas de Alberti) –

arrastró su vida por universidades de Inglaterra y América y murió en el exilio. Alberti, tras muchos años de destierro ha vuelto a España y su obra es casi unánimemente olvidada por las nuevas generaciones. Dámaso Alonso, Diego, Altolaguirre... no tienen lectores.

De todos ellos, acaso tan sólo Luis Cernuda ha tenido influencia en la concepción poética de las actuales tendencias.

¿ Qué trajo el 27 ? ¿ Qué queda del 27 en nuestra literatura ?

Me atrevo a decir que lo único es su advertencia de atender a la savia popular, aunque tampoco sus soluciones formales nos han servido a nosotros. Pero nada más. Y la prueba es que cuando van naciendo las últimas corrientes, nos encontramos sin maestros, aunque algunos amásemos ciertos poemas de aquella brillante Generación. Pero nos pareció su sueño muy lejano del nuestro, ninguna enseñanza ganamos, y volvimos los ojos al vasto mundo, miramos fuera de España.

A esa nueva mirada le interesaría mucho más el Guillén que se había fascinado por Baudelaire que la propia obra del malagueño. Alabamos a Cernuda repitiendo siempre : "no parece español" lo cual ya les indica a ustedes por donde iba nuestra valoración. De García Lorca se exaltaba solamente *Poeta en Nueva York*. Resumiendo, las nuevas generaciones sólo han tenido en cuenta precisamente aquello que más alejado parece del núcleo generacional del 27.

El 27 no ha hecho escuela ; y no la hizo porque no significó en ninguno de sus gestos y logros un corte profundo ni con los temas ni con la forma de tratarlos, de la herencia poética española. No sacó – y creo que tampoco entraba en sus planteamientos – a nuestra cultura de su cómodo y mediocre aislamiento, ni mucho menos logró conexión alguna fecunda con la transformación espiritual que ha sacudido a Occidente.

La actual poesía española no se levanta, pues, sobre las ruinas del 27, ni mucho menos sobre los estériles movimientos que siguieron a la guerra civil : los mansos y pétreos versos de los Garcilasistas, la fulgurante – aunque nada considerable – noche de fuegos artificiales del Postismo, el erial de *España* que consolidaría la detestable poesía social. De lo recogido en la Antología General de Ribes de 1952 o los *Veinte poetas españoles*, la amplia selección de Castellet o cualquier otro episodio, nada queda, como huellas que el viento hubiese borrado en las arenas. Y de las obras que fueron llegándonos del exilio – el mejor Alberti, Cernuda –, las del

exilio interior de Aleixandre, las de los americanos Vallejo y Neruda, poco a su vez ha quedado, difícil es encontrar su impronta en el verso actual.

La poesía española de hoy nace de una antología que, compendiada por José María Castellet, publicada por Carlos Barral y bajo el título *Nueve novísimos*, lanzó en 1970 a unos poetas que, aún llegados de aventuras diferentes y con los ojos puestos en metas más diferentes aún, significaron una decidida voluntad de ruptura, no solamente con el verso anterior sino con el mundo cultural reinante hasta aquel momento.

Aunque el prólogo de la antología lo pretendiera, no existía una estética común, ni aún cercana unos de otros. Pero nos unía esa repulsa que he advertido hacia cuanto se estaba haciendo y, más allá todavía, a lo realizado desde hacía mucho tiempo ; nos unía una sensación de extrañamiento de nuestra herencia cultural : nos unían – y a ellos habíamos llegado cada uno por su lado – ciertos poetas y narradores extranjeros a quienes tomábamos como modelo. La inmediata experiencia de la poesía social – aunque algunos, como yo mismo, o Vázquez Montalbán o Gil de Biedma, hubiésemos escrito bajo su signo – no nos servía y hasta era considerada como una especie de arenas movedizas de la que había que escapar : la obra de poetas de los años Cuarenta, como antes he dicho, salvo ciertos poemas, fue unánimemente execrada ; por un instante algunos volvimos los ojos a la Generación del 27, pero pronto vimos que tampoco en ellos íbamos a encontrar la ayuda que precisábamos. Decidimos entonces, sin otro pertrecho que nuestras lecturas amadas, que nuestras relaciones personales – mucho viajero había en esta última generación – con intelectuales y lugares de otros países, adentrarnos en solitario por el fascinante espectáculo de la crisis espiritual del mundo y tratar de responder a sus preguntas como nos enseñaban a hacerlo nuestros maestros, maestros que, prácticamente todos, no eran españoles, y desde luego, de serlo, casi se detenían en el siglo XVII.

Pere Gimferrer hablaría de Quevedo, Góngora, Ausias March, Foix, Cernuda, Dante, Pessoa, Mallarmé, Pound, Eliot, Wallace Stevens, Henry James, Perse o Lautréamont.

Villena citará a Horacio, Góngora, Verlaine, Estratón de Sardes, la Palatina, Pound. Vázquez Montalbán – el único del grupo perteneciente al partido comunista – vindicará los signos de la cultura de masas.

Sarrión hablará de Eliot, Pound, Gironde, los Surrealistas (de todo el grupo es en quien más influencia y más perdurable tuvieron Breton y los suyos), y también de Cernuda y Gil de Biedma.

Felix de Azúa hablará de Lezama Lima, Pound, Eliot, Stevens.

Vicente Molina de Rimbaud, Baudelaire, Lautréamont, los Surrealistas, Perse. Y atacará a Vallejo, Antonio Machado y Pablo Neruda. Carnero exalta el *esprit* francés y a Wilde. Panero – hijo del poeta Panero de los años cuarenta – también de nombre Leopoldo, reclamará una cultura cinematográfica, de comics y muy pronto se perderá por el camino atroz de las drogas y la locura.

En mi caso, yo situaba como espejo a Shakespeare, Tácito, Eliot, Borges, Montaigne, Quevedo, Stevenson, etc, junto a la utilización de ritmos debidos al cinematógrafo o recursos de narrativa. Nadie pensó que aquella Antología pudiera tener repercusiones. El azar le ha deparado una indeclinable influencia en la renovación de la poesía española. Fuimos convocados por José María Castellet, que era un famoso compilador y ensayista. A su llamada acudimos algunos poetas. Fuimos elegidos nueve. Los poemas que enviamos ni siquiera representaban lo más significativo del hacer de cada uno, ya que Castellet nos solicitó "lo más innovador" que tuviésemos, casi, me atrevo a decir, lo más escandaloso, aunque se tratara, como en muchos casos sucedió, de poemas a medio elaborar o experimentos que, afortunadamente, serían abandonados pronto y olvidados.

Pero el libro tuvo un éxito inesperado. Despertó recelos, odios y entusiasmos a mi entender excesivos, y, sin darnos cuenta, tomados por la crítica como el aldabonazo de una nueva sensibilidad y por poetas más jóvenes – y alguno más viejo – como modelo estético nos situamos en una posición de excepcional magisterio, que muy lejos estaba de nuestras pretensiones y sin duda de nuestra verdadera importancia, sobre todo en aquel momento y con aquellos poemas. Yo creo que aquel cambio de gusto ya había madurado en versos de los mejores poetas de la llamada "Generación de los 50" – Francisco Brines y Jaime Gil de Biedma, por ejemplo – pero quizá hasta los "Novísimos" no alcanzara la rotundidad y la fiera de desafío que bien pudiera ser una de las marcas generacionales. Y por ello creo que una justa comprensión del fenómeno, debería establecer de una vez un índice del grupo más coherente que el que la propia Antología establece.

Así, para mí, aquel libro debería haber incluido a Jaime Gil de Biedma, cuya estela de dignidad, inteligencia y altura poética son incuestionables y en muchos de

cuyos versos, imágenes, referencias y obsesiones, los "Novísimos" nos miraríamos como en un espejo ; Vicente Aleixandre, sí, y acaso el más "Novísimo", tanto por el amparo que proporcionó al grupo – exaltación que también Octavio Paz no dudaría en ofrecer – sino porque se entregó hasta tal punto a la nueva sensibilidad (que nada le era ajena) como para escribir en ella ; junto a Vázquez Montalbán, que en aquellas páginas simbolizaba mejor que los demás la estética dibujada por Castellet en su introducción ; falta Francisco Brines, que, puente entre los Cincuenta y nosotros, pertenece por el rigor de su verso al nuevo camino, estaba Pere Gimferrer (cuya obra empezó desarrollándose en castellano para después hacerlo en catalán, y que como Vázquez Montalbán, frecuentará también la prosa y el ensayo), pero cómo justificar la exclusión de Luis Antonio de Villena, muy notable poeta a mi entender. Otros componentes del grupo fueron Félix de Azúa, Leopoldo María Panero, Guillermo Carnero – epígono de Gimferrer y poeta sin demasiado interés, que ha abandonado la poesía por la docencia –, Ana María Moix, Vicente Molina y Antonio Martínez Sarrión ; todos ellos de dudosa categoría poética, aunque suyo hicieran el credo de la nueva sensibilidad. También yo estaba incluido en aquella Antología. Y permítanme ustedes, y no lo tomen por una *boutade*, que para cerrar el círculo añada algo que acaso sea capital referencia para parte del grupo, y que después ha impregnado hasta tal punto nuestra estética como para acuñar un término, que al más alto valor como referencia cultural une la significación y vinculación de una "segunda casa" Venecia. Creo que el desarrollo de la obra de aquellos "Novísimos", el arrebatador decorado que impusieron y el estandarte del venecianismo como símbolo muy concreto de una forma de entender el mundo han educado a la actual y más joven poesía española de forma incuestionable. Tampoco los más viejos, nuestros predecesores y en no pocos casos, maestros, desdeñan entonar el verso novísimo : y aquellos de entre los jóvenes, que con el natural calor de su inteligencia y su sangre arremeten contra nosotros, a su vez no dejan de estar modelados por aquella estética en cada línea.

Porque lo que hicimos los "Novísimos" fue poner en hora el reloj. Y esa necesidad de un nuevo mundo poético, vigoroso, moderno, que de verdad contase algo que interesara, era sentida por los lectores como por el resto de los poetas. Dijimos : nuestra herencia no es la que han venido aceptando los poetas españoles desde hace tanto. Y nos fortificamos en Eliot, en Pound, en Kavafis, en Rimbaud, en Baudelaire.... y en los clásicos griegos y latinos... y en el cine, que nos fascinaba ; hasta en letras de canciones extranjeras y de nuestro tan enraizado cuplé, a los que no negamos, como a ciertos films y hasta lugares, su lugar junto a Tácito, Wilde o Kafka.

Y no debíamos andar tan descaminados, cuando la obra de los "Novísimos" – algo extraño en nuestra literatura (que precisa de motivos extraliterarios y tantas veces sangrientos para su difusión) – empezó a despertar interés en otros ámbitos y en no pocas ocasiones en otras literaturas, esas otras literaturas de las que, hasta los Novísimos, España estaba – no desde luego en casos muy concretos, y vuelvo a citar, como resumen de otros, pocos a Biedma, o a Espriu pero si como literatura – confortablemente aislada.

Los "Novísimos" han sido el intento, no sé si más riguroso y considerable, pero sí más afortunado que ha tenido nuestra literatura por romper de una maldita vez el corsé provinciano de la imaginación española. Y tampoco caben dudas de que aquellos poetas, hoy, ya en una u otra ladera de los cuarenta años, son lo más interesante y vitalizador de nuestra poesía. Contra una nación, una cofradía de escritores y críticos que valoraban como el colmo del cosmopolitismo a don Antonio Machado o las rimbombantes andanzas de Neruda (olvidando el lado holderliniano del primero y las fastuosas tinieblas del segundo), los "Novísimos" vindicamos la fascinación por la riqueza y el esplendor del mundo, sus bibliotecas y placeres, la obra de sus mejores hijos en cualquier orden, la necesidad del viaje, el lujo de vivir y la pasión de la belleza.

Afirmamos que la cultura es la cima del sueño de los hombres, el territorio más noble y perdurable de su aventura, y que el artista es la criatura más excepcional y preciosa sobre la tierra. Exaltamos esa excepcionalidad, el orgullo de su libertad, su individualismo y su disidencia. Negamos que la cultura hubiera de subordinarse a cualquier instancia que no fuera ella misma. Afirmamos la literatura, el arte como nuestra única patria y nuestro único idioma. Y también dijimos : un libro, un viaje, una película, un cuadro, la música, un cuerpo radiante, una noche memorable, el esplendor de una ciudad, todo es uno. Añadimos que un poeta necesariamente debía ser culto – esto, ya lo sé, es algo que a ustedes puede sonarles muy extraño ; pero en España la tesis contraria era moneda corriente –, y lo defendimos con pasión, con intransigencia, orgullosos, conscientes de que se estaba dictando un gusto.

En resumen : impusimos una forma nueva de contemplar el mundo, de sentirlo, de expresarlo : y decretamos nuevos maestros, que serían los nuestros, y establecimos casi un detallado mapa de la ruta hacia los territorios que soñábamos. Y puede que fuera eso lo que se estaba esperando. Por ello la respuesta de los lectores ha sido generosa, hasta el punto de que, aún con la escasa difusión de la poesía en esta época, los "Novísimos" hemos sido leídos, tanto nuestra propia obra

como nuestras traducciones, artículos, prosas, y por unos lectores casi fanáticos, hasta divididos en facciones. En España y fuera de España. Porque acaso lo más importante que podía suceder a nuestra poesía fuera el que al ponerla en contacto con auditorios tan diversos como el de EE.UU., o Argentina, Grecia, Italia y hasta lectores orientales, tales auditorios se hayan sentido emocionados ante esos versos.

De aquella Antología que nos dio nombre nos separan ya 15 años. Y más o menos los mismos de las obras de aquellos que como Villena no fueron incluidos, pero son "Novísimos" con el mejor derecho. Como alguien dijo, estamos ya todos en esa edad en que cada uno tiene el rostro que se merece. Podemos añadir también que el verso y la fama que se haya ganado. Sólo quiero decir, para terminar, que si nuestros poemas han seguido caminos diferentes, lo que defendimos en aquellos días sigue vivo en nosotros. Ayer soñábamos con escribir obras como las que llegaban hasta nuestras manos en los infiernos de las librerías españolas o en nuestros viajes por otros países. Creo que seguimos soñando. Y también creo que algunos versos de aquellos jóvenes, como su apuesta, van a sobrevivir.

